



«Amor eterno»

Arnau me gustaba, me gustaba mucho. Era mi amor platónico desde segundo, desde que nos castigaron por no acabarnos la sopa. La detestábamos, y si era esa que llevaba letras, todavía más. Aquel día, con las letras formamos la palabra «asquerosa» y, claro, cuando la cocinera del comedor lo vio, se chivó a la señorita Encarnita y nos cayó el castigo. Y yo estaba completamente enamorada de Arnau. No existía amor más puro ni más verdadero que el mío hacia él. Harta de que no se percatara de mi silencioso sufrir, un día me declaró. Fue un viernes, a la hora del patio. Él se puso tan nervioso que se le cayó el bocadillo de mortadela al suelo. Me confesó que yo a él también le gustaba, pero nunca pensó que el sentimiento fuera mutuo. «Los chicos nunca se enteran de nada.» Y así fue cómo Arnau se convirtió en mi novio de segundo y yo le juré amor eterno.

Hasta que apareció Beto. Beto era un muchacho argentino que entró en la escuela a mitad de curso. Su padre se había quedado en Argentina y él vivía con su hermano y su madre en casa de su abuela, que era española. Me gustaba como hablaba Beto, me gustaba mucho. Y un día, a la salida de clase de Educación Física, empezó a hablarme y ya no calló hasta que nos mandaron al pasillo por no prestar atención en Matemáticas. Nos hicieron poner a cada uno en un lado, pero aun así Beto se comunicó conmigo por medio de signos. Apenas entendía lo que me decía, pero me reí tanto que dejé a Arnau, y a Beto le juré amor eterno.

...Hasta que llegó Alí. Alí era español, aunque toda su familia era marroquí. El color de la piel de Alí me gustaba, me gustaba mucho. Sus ojos, verde lenteja, encajaban de mil amores en aquel rostro tan perfecto. Lo conocí un sábado por la mañana en la biblioteca del barrio. Estaba leyendo un libro de cuentos de amor. Le gustaba leer en voz alta. Me acerqué y le escuché. Era una leyenda preciosa sobre una princesa que, a pesar de tener muchos pretendientes, seguía esperando al príncipe de la voz de seda. Y así era la voz de Alí, de seda. Por eso, después de siete cuentos y dos sábados más en la biblioteca, me olvidé de Beto, y a Alí le juré amor eterno...

...Hasta que llegó James, un irlandés que estaba de intercambio en casa de mi amiga Azucena. Su hermano, Héctor, se había ido a Dublín un mes antes, y ahora era James quien venía a vivir a su casa tres semanas. Me gustaba James, me gustaba mucho. Era un guitarrista fantástico, y no es que yo entendiera mucho de música, pero me gustaba sentarme en el sofá y verle mover el pie izquierdo al compás de los acordes. También cantaba y, aunque Héctor decía que lo hacía fatal, a mí y a Azucena nos parecía música celestial. A mi profesora de inglés le sorprendió que, de pronto, yo prestara tanta atención en sus clases, y a Alí le extrañó que ya no fuera a la biblioteca. Y se extrañó aún más cuando le dije en inglés: «I like James. This is the end». El día antes de que James regresara a Dublín, le confesé mi amor. Él me dijo que tenía novia, pero a mí no me importó: «Te esperaré». Y le juré amor eterno.

James se fue, y me prometí a mí misma que no me gustaría nadie más hasta que él volviera. Y estaba cumpliendo muy bien mi promesa, hasta que llegó Manu...